

ron la pluma en su mano, y aprovechando los ratos de ocio que sus quehaceres domésticos le dejaban, compuso una novelita, en cuya lectura la presuntuosa niña y el precoz libertino recibieron una lección muy provechosa.

Creemos que nuestros lectores serán galantes con su simpática y antigua amiga, á quien han conocido pobre, como hija de un desvalido albañil, y á quien hoy admiran en la aristocracia, modelo de finura y de generosidad.

Recomendamos pues á su indulgencia la siguiente novelita, ó mas bien cuento moral, que la tierna madre escribió, sin mas pretensiones que, como ya llevamos dicho, dar una lección de moral á sus hijos.



CAPITULO V.

LA BELLEZA DEL ALMA.

PARTE PRIMERA.

EL CIEGO.

I.

VALENCIA 11 DE SETIEMBRE DE 1841.

Mi querida Laura: hace quince días que partiste de aquí y no tengo noticias tuyas.

Sin duda te has vuelto ya una verdadera cortesana y no te acuerdas de las pobres amigas condenadas á vivir en una capital de provincia.

Habíame prometido una minuciosa descripción de tu viaje, y ni siquiera me has dirigido algunas líneas que me saquen de ansiedad.

¿Crees acaso que porque como verdadera hija del Turia peco de

algo ligera y veleidosa en mis aventuras de amor, he de ser frívola también en mis relaciones de amistad?

Es verdad que te quiero á mi modo; pero no dudes que te quiero mucho y deseo saber cómo te vá en la emigración.

Tu posición es verdaderamente crítica y azarosa, amiga mía.

Eso de constituirse en lazarillo de un pobre ciego, que á parte de esta sensible falta es un joven gallardo y muy amable, es empresa arriesgada para una mujer de tu exquisita sensibilidad.

Créeme; Laura, estoy temblando por tí; y eso que conozco tu prudencia y recto juicio.

Fernando es un arrogante mozo, es un cumplido caballero; pero es el caso que no vé, el pobrecito, y cuando una mujer ha de hacer las veces del hombre, es cosa muy difícil, particularmente en viaje, donde nunca escasean los testigos.

Preciso es confesar que eres una heroína.

Ya ves, querida mía, como valgo yo mucho menos que tú.

Te aseguro que me sería absolutamente imposible imitar tu conducta.

Me faltaría la paciencia para tener un amante ciego, á quien no pudiera abandonar ni un solo instante, y hubiese de explicarle cada objeto de curiosidad... ¡Dios me libre!

Sería un tormento que ni aun me dejaría un momento para ser coqueta, ó tendría que serlo sin resultado.

¿De qué me serviría ser linda y estar ataviada con donosura y elegancia; si no lo había de ver mi amante, ni me lo había de decir?

¿Cómo se puede amar á un hombre que no repita mil veces á su querida que es hermosa y está elegante?

Semejante amor sería un amor de luto continuo.

La mujer hermosa pertenece á una raza efímera como las flores.

Nuestra juventud dura un día y es preciso aprovecharla.

BRILLAR, GUSTAR Y AMAR, á esto debe reducirse nuestra misión en la sociedad, y para cumplirla debidamente no tenemos más que un solo poder, poder irresistible afortunadamente, la belleza.

Usemos pues de este poder soberano antes de que nos le arrebatte la vejez.

No perdamos un minuto, porque el tiempo vuela y los hombres solo se enamoran de la belleza física.

Créeme, Laura, si Fernando no fuese ciego ¿te amaría como ahora?

¿Te hubiera amado nunca?

Y sin embargo, eres una joven perfecta, atesoras todas las bellezas del alma; pero el físico...

Te hablo así porque te conozco bien, y sé que mi franqueza te hace gracia en vez de incomodarte.

Eres una joven sin pretensiones y vives resignada á tu suerte.

De otro modo me guardaría muy bien de darte un disgusto; pero yo estoy convencida de que para vencer al hombre no tiene la mujer otras armas que la hermosura y la coquetería.

A Dios, amiga mía.

No seas perezosa, y contéstame sin la menor dilación.

Dame noticias de Fernando...

Díme si vuestros asuntos de intereses quedan arreglados...

Si te gusta Madrid... Si Fernando está contento, si le parece bien la corte.

No creo decir ningún disparate, pues sé que el pobrecillo lo vé todo por tus ojos.

Contéstame pronto, aguardo aun aquí tu respuesta; pero no tardaré en ir á abrazarte...

Tambien quiero yo hacerme cortesana; así harás mas caso de tu mejor amiga = CARLOTA.

II.

MADRID.....

Haces muy mal en acusarme de olvido, mi querida Carlota, pues si en cualquiera seria semejante falta reprehensible, en mí subiria de punto, toda vez que carezco absolutamente de motivos de presuncion.

¡ Yo presuncion de cortesana !

¿ Estás en tu juicio ?

Yo, mujer de tan impertinentes y extemporáneas facciones que cuando me veo en el espejo me espanto á mí misma...

¡ Dios mio !

¿ Lo creyeras, Carlota ?

Algunas veces lloro cuando me contemplo tan poco favorecida por la naturaleza; pero no lloro de vanidad, te lo aseguro; no lloro por mí, lloro por Fernando.

Él es tan agraciado, tan perfecto, tan encantador....

¡ Y cree que mi belleza es digna de la suya ! ¡ Pobre Fernando !

Mil veces ha ponderado los hechizos que me supone, y siempre que trata de halagarme con sus requiebros, lacera mi corazon.

Yo no quiero oir de su boca sino que me ama, pero él quiere probármelo llamándome hermosa.

Ya lo ves, Carlota, hasta en los momentos en que todas las mujeres se consideran muy felices, soy yo desgraciada.

No tengo valor para desvanecer las ilusiones de mi amante, no le tengo para desvanecer un engaño que convertiria su pasion en un sentimiento de lástima.

Tú lo conoces como yo, Carlota; en este mundo no hay mas que vanidad.

Ningun hombre se atreveria á decir que soy su querida.

Mas diré, un hermano acaso no se atreveria á decir de mí: esa es mi hermana.

Solo hallo buen afecto en otras mujeres.... ya ves, no puedo eclipsar su hermosura; de todos modos tengo sobrada filosofia para mostrarme agradecida á su amistad.

Algunos niños me han dicho: no, no te quiero, porque eres fea.

Solo mi madre, mi tierna madre, con las lágrimas en los ojos me llamaba querida hija.

¡ A pesar de todo, Dios me ha dado una alma... una alma sensible al amor !

Faltábame un mundo que pudiera soportarme, un mundo al cual no causára horror mi fealdad...

Pues bien, Dios bondadoso me ha creado este mundo.

Sí, Carlota, el mundo en que yo vivo... es él, es Fernando.

Él lo sabe muy bien, y cuando asido de mi mano escucha mi voz que le encanta, exclama cariñosamente: ¡ qué hermosa eres !

¡ Ay ! entonces me avergüenzo de mí misma; temo que los espejos que nos rodean hablen y me acusen de engañadora.

Tengo mil cosas que referirte acerca de mi viaje.

En cuánto á los asuntos de interés me veo ya desembarazada de ellos á Dios gracias; pero hablemos de Fernando.

¡ Pobre Fernando ! ignora que la vida es pesada.

«Cree que es desgraciado solo porque Dios le ha privado de la vista. ¡Cuántas veces envidio su suerte!

Para él es la tierra un cielo puro sobre nubes de oro, porque así se lo he dado á entender.

Mi mano le guía siempre por las sendas que él se figura sembradas de flores, y siente no ver el mundo porque está en la inteligencia de que el mundo es perfecto.

Le juzga por su bello corazón, y desde que nació vive recluso en él como en un palacio encantado, como en un templo de la Divinidad.

Los rayos del sol no atenúan la luz de su mágico paraíso.

Procuro no hacerle sentir la densa niebla de la vida positiva.

Hablamos de amor, existimos para amarnos, poseo su corazón entero, todos los secretos de su alma.

¡Es tan bueno y generoso mi Fernando!

Jamás ha conocido el odio, ama á los hombres, les cree á todos perfectos.

¡Cuán feliz es en su error!... Por lo mismo le dejo en él.

Con todo, amiga mía, algunas veces llora, y cuando le pregunto la causa de su aflicción, me responde: «estoy ciego, Laura, no te veo, no conozco las luces de tus bellos ojos; los demás leen en ellos antes que yo, quiero decir, antes que tu voz me explique lo que sientes.

Esto me dá celos... hé aquí el tormento de mi vida!

Yo quisiera ser siempre el primero en saber todas tus sensaciones, porque he nacido para sentir lo que tú sientes.

No puedo pagarte de otro modo tus cariñosos afanes.

¡Cuántas amarguras te causo!

Siempre esclava de mis deseos, siempre tierna y oficiosa.... y

yo... pobre ciego... siempre impertinente, sin servirte mas que de molestia.

Amiga mía, querida Laura, tú eres mi ángel, eres la hermosa flor á quien he privado del aire libre, de los halagos de los céfiros para encerrarte entre cristales.

¡Dios mio! si alguna vez llegara á ver... ¡oh! te lo aseguro, dedicaria todas las horas de mi existencia á cuidarte con el mismo cariño que tú me cuidas ahora.

¡Con qué placer te rodearia del sol de mis ojos!

Quando tus pasos, que conozco de lejos, y me conmueven al sentirlos, me anunciasen tu aproximación, voy á verla, exclamaria lleno de gozo, voy á verla, se ha adornado para agradarme, y debo recompensar dignamente tantos afanes.» —

Ya ves, Carlota, si tengo motivos para estar temblando que en los paseos, en las calles, á cada paso baste una sola palabra para sacar á Fernando de su error y desvanecer todas las ilusiones haciéndole saber que soy fea.

Temo tambien que lo adivine, y esta zozobra, esta continua ansiedad destruye el deleite que me hacen sentir sus palabras.

Verdad es que Fernando es generoso.

Estoy segura de que en tal caso me ocultaria su pesar y procuraria mostrarme el mismo amor; pero esto no seria suficiente para quien ama como yo.

Durante el viaje iba yo describiéndole minuciosamente el panorama que se me presentaba á la vista.

El cielo, la tierra, los bosques, las casas, los habitantes, las flores, las magnificas alfombras de toda suerte de colores que cubrian los campos, las aves, los arroyos, los corpulentos árboles, todas las maravillas del real sitio de Aranjuez que anuncian la

proximidad de Madrid..... ¡Oh! estoy cierta de que conocería el camino por donde hemos pasado como el mas ducho viajero.

Mi voz le encanta, le conmueve, y me parece ver en su semblante los destellos del amor que me profesa, del amor que hace mi felicidad y que voy á perder en breve.

Dentro de algunos dias se le hará la operacion, le darán la vista...

¡Dios mio! si á lo menos dejára yo de existir el dia que vea mi amante los rayos del sol!...

¡Fatal viaje! ¡Fatal herencia la que nos ha conducido á Madrid!

Voy á relatarte la escena de mayor interés que nos ocurrió en el viaje.

Hicimos alto en Ocaña para comer; dejé á Fernando en la sala donde estaba la mesa redonda, y al dirigirme á dar algunas órdenes á los dueños de la posada, observé que varios jóvenes se encaminaban al comedor.

Supe que estaban muy alegres porque habian hallado asientos en nuestra diligencia para ir á Madrid.

Esta noticia me estremeció; eran jóvenes, nada menos que estudiantes, iban á pasar largas horas en nuestra compañía...

¿Serán tan prudentes que no saquen partido de mi fealdad para divertirse?

¿Dejará Fernando de comprender sus ironías, ó las burlas que hagan de mí?

Estos pensamientos me martirizaron de modo que no me atrevia á presentarme en la sala de comer donde reinaba una algazara estrepitosa. Estaba allí Fernando con ellos y empezaba yo á temer que notase mi ausencia.

Ya sabes que los que no tienen noticia de que Fernando está ciego, no pueden conocerlo, porque sus ojos son hermosos y puros como si fueran de cristal.

Tranquilo en medio de los estudiantes sin prestar la menor atencion á sus locuras, oia con absoluta indiferencia, segun él mismo me contó después, las relaciones de sus conquistas amorosas.

Hablaron de sus queridas, de mujeres casadas y solteras, de maridos pacientes, de obesas mamás, de coquetas lindas y hasta de muchachas feas; pero cuando su alegría rayó en frenesí fué al cruzar la sala una hermosa jóven á quien llenaron de piropos, batiendo las palmas y saludándola con los gritos de ¡viva la bella Dionisia!

Era en efecto una jóven encantadora á pesar de su prosáico nombre.

¡Y á mí me llaman Laura como á la heroina del Tasso!

Fernando que tiene una idea tan fresca y pura de cuanto existe, que juzga de los corazones ajenos por las emociones del suyo, no estaba á su gusto, creíase en un pais de estrangeros cuyo lenguaje no comprendia.

Por regla general, el que habla mucho suele mirar como un insulto el silencio del que no habla; así es que la reserva de Fernando empezó por chocarles y acabó por irritarles hasta el punto de querer hacerle hablar á todo trance.

Aproximósele uno de ellos, apoyó una mano en el respaldo de la silla que Fernando ocupaba, y cruzándose de piés, le preguntó:

—¿Come usted con nosotros, caballero?

El pobre ciego no respondió.

—¿Es usted inglés?

El mismo silencio.

Todos los demás estudiantes prorumpieron en carcajadas creyendo que en la imperturbabilidad de Fernando habia intencion de desprecio.

Aproximósele otro estudiante y le dijo:

—¿Es usted sordo?

La misma indiferencia.

—¿Es usted mudo?

En vez de contestar, volvió Fernando maquinalmente la espalda á su interpelante.

A esta inesperada evolucion estalló un aplauso general de palmadas que escitó la cólera del que habia dirigido á Fernando las últimas preguntas, porque aquel aplauso era una burla que los demás estudiantes hacian de su compañero, por el desprecio que acababa de recibir.

Ruborizóse de esta ocurrencia, y dando un golpe á la espalda del pobre ciego, le dijo:

—Hablo con usted, caballero.

Levantóse Fernando azorado en el instante que yo entré, y al ver que mi pobre amante era el blanco de las burlas de aquellos atolondrados jóvenes, grité desesperada:

—¿Qué es esto, Dios mio?

—Me has dejado solo cuando mas te necesito— respondió Fernando.—Me hallo en una sociedad estraña... no nos comprendemos... Yo creo que todos somos inválidos, porque yo estoy ciego, y estos pobres hombres están locos.

—Caballeros—añadí yo tartamudeando—aquí debe haber alguna mala inteligencia. No sé lo que acaba de ocurrir; pero han de saber ustedes que este jóven es ciego de nacimiento.

Religioso y profundo silencio acogió esta solemne declaracion.

El jóven que habia dado la palmada al hombro de Fernando, se adelantó sumiso y ruborizado, é inclinándose delante del ciego como si este pudiera ver su respetuoso ademan, dijo en voz conmovida:

—Perdone usted, caballero, y le ruego encarecidamente que no me juzgue por lo que acaba de ocurrir, pues mereceria que se me confundiese entre el vulgo para no salir nunca de la oscuridad. He terminado mis estudios de cirujía, y ansío el momento de ejecutar mi primera operacion como se desea el sí del objeto amado en un primer amor. Un presentimiento feliz me asegura el buen éxito, y si el primer paso que voy á dar en la senda de la gloria me proporciona el placer de darle á usted la vista, será completa mi satisfaccion. Sí, caballero, quiero darle á usted la vista, y después me dirá usted qué desagravio debo darle por un insulto del que estoy tan avergonzado como arrepentido.

—¡Bah! niñería.....—repuso Fernando sonriéndose.—Deme usted la vista, y en cambio le ofrezco una franca y leal amistad, que puede empezar desde ahora por la intercesion de esta bella criatura que nos ha reconciliado. Ella tambien os ofrece la mas sincera amistad.

Fernando pronunció las precedentes palabras presentándose al desconocido. Hablaba de mi al decir *esta bella criatura!*

Delante de aquellos jóvenes atolondrados me llamó *bella*; y mi rostro se cubrió de rubor.

Les miré temblando; pero ni una leve sonrisa noté en ellos; todos estaban conmovidos por el aspecto imponente de mi Fernando.

Comimos en agradable sociedad, y terminamos nuestro viaje sin que ocurriera otra cosa digna de referirte.

Si hubieras visto que obsequioso estuvo el señor de Ramirez!...

(el jóven cirujano se llamaba don José Ramirez.)

Ni un momento abandonaba á Fernando, y á mí tambien, querida Carlota, me prodigaba los mas finos cumplimientos.

Estaba tan avergonzado de su anterior conducta, de esa conducta ligera tan comun entre los jóvenes del dia, y que suele á veces tener desastrosas consecuencias.

Una palabra, una mirada, una sonrisa, hasta el mismo silencio es causa á veces suficiente para provocar lo que tan neciamente se llama *un lance de honor*.

Desde que llegamos á Madrid vivimos en la hermosa calle de Alcalá en la misma FONDA DE LAS DILIGENCIAS PENINSULARES, hasta que la casa que forma parte de mi herencia, situada en la Carrera de San Gerónimo, que es uno de los mas bellos puntos de la córte, esté corriente.

He dispuesto hacer en ella algunas obras y trato de amueblarla lujosamente, porque Fernando verá en ella por primera vez la luz del dia, y quiero que todo lo que le rodee sea magnífico.

Allí empezará á conocer la belleza.... amaré á las mujeres.... tendrá muchas apasionadas... y yo no podré quejarme!...

Ni siquiera tendré derecho á estar celosa!..... y sin embargo alimentaré los celos mas horribles; pero en silencio, sin que nada comprenda Fernando, sin que la sociedad se aperciba de ello, porque me tendria por una pobre loca.

El buen Ramirez le dará la vista!

Si yo pudiera decirle que me le deje ciego..... porque ya te lo he dicho, Carlota, Fernando es el mundo que Dios me ha creado, sus ojos son los míos... ¡y quieren darlos á otras mujeres!

Yo no puedo decir al facultativo todo esto... seria preciso que lo adivinase y le dejara ciego...

Yo no debo hacerle cómplice de mi crimen... no puedo decirle: inmoladme ese hombre!

Ya ves, Carlota, todo se acabó para mí.

Fernando verá el cielo, y no le hallará tan hermoso como yo se lo he descrito.

Verá la tierra y la encontrará sembrada de espinas que yo he separado siempre de sus pasos.

Verá estrañas figuras que no conoce..... la falsedad, la hipocresía...

Verá deformidades que no ha visto nunca.

Mas ¡ay! conocerá tambien la belleza, la belleza de las mujeres, de la cual jamás le he dado esplicacion alguna.

Es la única pintura que mi pincel no ha osado trazarle.

Verá esas mujeres tan lindas, tan donosas...

¡Dios mio!.... y me verá á mí tambien.... á mí que me llama su ángel porque tambien me cree hermosa...

Yo seré la primera mentira que aparecerá ante sus ojos!...

Yo le haré beber la amargura del primer desengaño!

No puedo proseguir, Carlota. ¡A Dios!

No me retardes el placer de abrazarte, pues sabes que te quiere de veras tu desgraciada amiga = LAURA.

